

Talonario.

–¿Escuchaste lo que sucedió? –La pregunta la formuló Adelina mientras subía las escaleras del rascacielos con Alfredo. Adelina llevaba dieciséis años y siete meses trabajando en aquella oficina. Ella era la encargada de coger el teléfono, de atender a las personas que llegaban, y de escribir las cartas que luego se mandaban a otras delegaciones. Era el pulmón de la oficina, o así al menos se consideraba ella, como una mujer indispensable.

–No, no tengo ni idea de qué me hablas. –Alfredo contestó mientras respiraba cada vez con más dificultad. Sus pensamientos estaban en ese momento más en maldecir que el ascensor se hubiera roto que en los chismes de Adelina.

–Van a echar al «guapo» –contestó Adelina con cierta mala baba.

–¿Qué dices? ¿En serio? Nunca hubiera pensado que eso podía suceder, ¿qué ha pasado? –contestó Alfredo mientras se paraba, ponía una mano en la barandilla de la escalera y aprovechaba para tomar todo el aire posible.

Entonces Adelina se detuvo también, se giró y por un momento se sintió la estrella de la tele. Estaba seis escalones por encima de Alfredo, uno de los jefes de marketing, mirándole desde arriba; y aunque se le adivinaba la incipiente calvicie de la coronilla, todavía le seguía pareciendo aquel hombre tan arrebatador que había conocido al poco de entrar a trabajar. Además, ella era quien sabía cosas y él no. Tendría toda su atención.

–Por lo visto le pillaron robando –susurró Adelina, mientras hacía una mueca de sorpresa con los ojos, que a todas luces era exagerada. –¿Te lo puedes creer? Al parecer, una tarde, Damián, el de contabilidad, echó en falta una talonera, pero pensó que quien la hubiera cogido la devolvería en un par de días, junto con algún cargo a cuenta de la empresa y totalmente justificable. Al fin y al cabo tampoco sería la primera vez.

–Pero eso... ¿No se puede hacer, no? –respondió Alfredo con extrañeza. –Tenía entendido que si coges un talonario debes de rellenar un formulario previamente. Damián es muy insistente con eso en las reuniones del departamento.

–Calla, calla Alfredo, que todavía no te he contado lo mejor. Resulta que al final aparecieron las facturas de ese talonario, y no sabes lo más fuerte.

–Mira que te gusta el suspense Adelina. –le inquirió él resoplando

–Las facturas son de un motel de carretera, con servicios de cava, fresas y masaje. Seguro que se llevaba allí a la amante. –explicó ella riendo nerviosa.

–Pero lo que no entiendo es que tiene que ver eso con él, Adelina. ¿Por qué le han echado? ¿Qué tiene que ver él con todo eso?

–Vamos, no te pares Alfredo, que todavía nos quedan doce pisos hasta el 20 y tenemos reunión a primera hora. Luego te cuento.

No fue hasta el piso catorce que Alfredo le pidió parar un momento a Adelina. Alfredo en cierto modo admiraba la fortaleza física de aquella mujer pequeña, delgada y de aspecto pulcro, a quien a pesar de subir doce pisos a pie, no se le movía un solo pelo de su moño, ni parecía sudar una gota. Él, en cambio, empezaba a empapar la espalda de la camisa, sentía como su corazón galopaba desbocado y no era solo por el esfuerzo de las escaleras, tenía que averiguar más sobre lo que había pasado con Xabier, «el guapo» como ella lo llamaba.

–Joder Adelina, es increíble como subes las escaleras sin sufrir ni una pizca. -Dijo Alfredo mientras se desabrochaba un botón de la camisa.

Adelina se sentía satisfecha, por fin aquel hombre se fijaba en ella. Años sintiendo que para la mayoría de los hombres era poco más que un mueble y ahora él admiraba su resistencia. Así que ni corta ni perezosa decidió jugar una baza un poco pícara, ya veríamos con qué resultado.

–No eres el primer hombre que me dice que le llama la atención cómo me muevo. -En ese preciso momento Adelina se soltó el pelo, dejando caer su melena y mirando a Alfredo con unas gotas de picardía en sus ojos. La siguiente frase sería la que remataría el ataque: –¿crees que me aguantarías el ritmo? –Y dándose la vuelta, dejó que él pudiera contemplar su esbelta figura, con la falda un poco más subida de lo habitual, por la acción continuada de subir escalones. Con suerte ese día no pasaría sin que él la invitara a tomar algo con él al salir del trabajo.

Alfredo entonces inició de nuevo la subida de las escaleras, cada vez más inquieto con lo que Adelina parecía saber.

–Adelina, una cosa, por más que le doy vueltas, –dijo Alfredo deteniéndose de nuevo. –¿Por qué saben que ha sido él? ¿No podía haber sido cualquiera? -preguntó Alfredo mientras aprovechaba para coger aire y subirse los pantalones.

–Alfredo cariño, alguien lo vio y lo identificó entrando en ese motel una noche de casualidad. Y cuando el asunto se supo, ese alguien estaba en la junta. Y si dos más dos siguen siendo cuatro, está claro que él fue la persona que cogió la talonera sin permiso.

–Y tú dirás qué iba a hacer con un cliente con fresas, champagne y masaje –añadió ella– así que seguro que utilizó el talonario para pasar la noche con la amante. Por eso le van a despedir hoy, yo misma tengo que redactar la carta de despido, y cuándo me indiquen yo misma se la daré. No se lo digas a nadie, pero me muero por ver esos ojos turquesas por una última vez.

En el fondo –añadió Adelina con cierta dosis de atrevimiento –me encantaría saber si es de los que aguantan el ritmo o se corren rápido. Tú ya me entiendes. Quien sabe, lo mismo soy yo la que lo invita la próxima vez al jacuzzi. –Y diciendo esto, Adelina decidió dar el golpe de gracia sobre Alfredo, de esa noche no pasaba sin que él la llevara a su casa. –Aunque si tú quieres... te puedo invitar a ti –Y seguido le guiñó un ojo.

Alfredo sonrió nervioso, y sin decir nada se puso a subir escaleras; cuando pasó al lado de Adelina, esta se sorprendió, pero se dio la vuelta y Alfredo señalándole el reloj le indicó que siguieran, que iban a llegar tarde. Ella no entendió nada. ¿Cómo era posible que Alfredo se le escapara vivo?

Alfredo por su parte, sintió la adrenalina recorriendo su cuerpo, tenía que saber si aquello seguía allí.

Entraron juntos en la oficina, Adelina no dejaba de mirarlo esperando una contestación a su propuesta, más clara, no había podido ser. Alfredo, en cambio, solo estaba preocupado por una cosa, por eso se metió en su despacho, abrió el cajón, levantó el portafolios y allí estaba el talonario.

Cuando llegó Damián, el talonario apareció «de casualidad» debajo de una torre de informes. A Xabier, al que Adelina llamaba “el guapo” no le pudieron despedir, porque según él su presencia en el motel solo se debía a que su prima trabajaba allí, y solía ir a visitarla. Además, aportó un certificado médico en el cual quedaba claro que era alérgico a las fresas y el kiwi.

Nadie sabía quién había utilizado aquel talonario sin permiso, y no tenía pinta de aparecer el culpable, pero el contable decidió que a partir de ese momento los talonarios se guardarían bajo llave para evitar malos usos. Nadie protestó.

Al dar las siete, Adelina, que llevaba haciéndose la ocupada desde las seis, vio salir a Alfredo acompañado del «guapo». Ella se había retocado el maquillaje y ajustado la blusa a su pecho para

ese momento en el que él se le acercaría y le invitaría a tomar algo juntos.

Lo que no esperaba Adelina es que en el preciso instante en que, según sus cálculos, debería haber girado hacia su mesa, Alfredo y Xabier giraron hacia el pasillo de la salida. Solo cuando pasaron a escasos dos metros de la mesa, Alfredo se dignó a girar su cabeza, y mientras la guiñaba un ojo, con su mano izquierda le tocaba el culo a «el guapo».

Adelina entonces supo quién se comería esa noche las fresas, y no iba a ser ella.